

SANTANDER.—LUNES 14 DE JUNIO DE 1886.

Como quiera que El CAUCE cuenta pocos lectores y esos indulgentísimos, y como quiera que con la indulgencia de los lectores corre parejas la de la redacción de EL ATLANTICO, (como la de otros papeles más viejos en el lugar), la cual acepta é imprime cuanto la doy, sin pasarlo por el tamiz de escrupuloso gusto, ni por el más menudo y cerrado de la oportunidad, uso yo de licencia, que á muchos parecerá mal, aun cuando sea natural y corriente en gentes consentidas. Y sin parar el juicio en razones en que debiera pararle, olvidando que no es seriedad y es descortesía haber dejado pendiente un cuento, si hubo quien le escuchase, siquiera fuese de casa, y pedir de nuevo y fuera de sazón su atención al oyente, tomo y envío á la imprenta otra mano de hojas de las que, descosidas, y á trechos manchadas, y á trechos limpias, huelgan en este mal ordenado aposento.

«Estaría bien que esto hiciera sin confesar mi falta, que es pedir su disculpa? Si lo creen los lectores tengan por no escritas estas palabras; si piensan de otro modo, miren á lo pasado y digan si no eran de temer tales y aun mayores licencias de parte de quien tan mal ha sido acostumbrado por la amiga prensa compatriota suya. Pero de quién nos quiera hemos de abusar, que quien nos odie no se ha de prestar á ello. Pudiera yo resistir á la lisonja de semejantes afectos; y, resistiendo, hacer figura de varón fuerte; mas como no lo soy, no quiero parecerlo.

Y sirvan estas excusas para lo venidero, pues recelo que en más de una ocasión habrán de ser necesarias.

A de Agosto.

«Ya no me ateo á asomarme al cauce. Me dá miedo encontrarme con Andrés. Anoche, cenando, el capellán contaba lo historia del cazador, ó más bien decía que nadie sabía su historia. Y al capellán no le gustan gentes de quienes no sepa la vida y ocupaciones, la vida y milagros, que él dice, como si el hacer milagros fuera cosa corriente y permitida á todos, ó como si los milagros pudieran encubrirse. Pues parece que Andrés, aunque hijo de familia aquí conocidísima y vieja, salió de esta tierra muy joven, y ha vivido en Madrid y en el extranjero, estudiando según algunos, aunque el capellán dice que han sido muchos los años para haberlos gastado todos en estudiar y que hasta la fecha no se ha visto resultado ni fruto de semejantes estudios.

El capellán dice que Andrés no es claro. ¿Cómo son los hombres claros? ¿Será claro don Benigno? D. Benigno es un señor que fué amigo de mi abuelo y de Papá lo fué muchísimo; y tengo oído á Mamá que le reprendía cuando y siempre que le acomoda con pretexto de haber sido tan amigo del abuelo, como á mí me regaña y corrige diciendo que quiso entrañablemente á Papá. Y cuando ve ú oye cosa que le disguste no se pára en que haya visitas ó gentes delante, y vá y dice lo que se le antoja, poniéndola á una colorada no pocas veces, y aún muchas me hace á mí llorar.

—V. es una cabal señora, doña Petronila,—suele decir á Mamá,—pero es V. débil con sus hijos. A ver, María, ¿qué es esto?—me dice á mí otras veces,—¿no ves que Mamá espera? Anda á servirla, anda á ayudarla. No te muevas, que Mamá está hablando; no hables, que Mamá está leyendo. ¿Qué hacías al sol en el pardo del cauce ayer tarde? Mamá debe mandarte esto, Mamá no debe consentirte lo otro. Pues á claridades como estas prefiero la oscuridad más oscura de Andrés. Digo, si ser oscuro es callar lo desagradable y molesto y no meterse en averiguar vidas ajenas, ni corregirlas ó reprenderlas.»

También D. Benigno conoce á Andrés y no le tiene por oscuro como le tiene el capellán. Dice por lo menos que es fino y bien educado; y siquiera aprendería esto mientras anduvo por otras tierras lejos de la Montaña. Parece que cuando se encuentran en los montes Andrés acompaña á D. Benigno y le ayuda en ciertos pasos dificultosos de callejas y portillas, porque D. Benigno, á pesar de sus muchos años, que nadie por aquí sabe cuántos son, es amigo de pasear largo, y no le importan cuantas ni despenaderos, ni tanta piedra suelta como hay en estos caminos montañoses que rajan el calzado más fuerte y hacen ver las estrellas á quien se descuida, y aún arrojarse y caer de bruces y ro-

dar por el suelo. Añade también que Andrés atiende á la conversación de los mayores, y no los ataja ni les quita la palabra como lo hacen los jóvenes del día, aún los más atildados y compuestos, que, en opinión de D. Benigno, imaginan tenerse todo sabido, sin quedarles cosa que aprender de los ancianos; por donde no respetan canas ni experiencia, á lo que el capellán replica que en su opinión el vicio mayor de Andrés es pertenecer en alma y cuerpo al día, y estar maleado por las peores doctrinas modernas, y aún empeorado, puesto que tiene además de todos los defectos de otros hombres de sus años el de saberlos esconder y disimular, no pareciendo á los ojos de sujetos tan graves y experimentados como D. Benigno tal como es, sino mejor y apreciable, y de fiar en todo. Responde D. Benigno que no habiendo de casar él con Andrés, ni siendo este hijo ni hermano suyo, nada le da de que piense como mejor guste ni sea en sus adentros como al capellán le parece, con tal de hallarle como le halló siempre en sus vistas diarias y relaciones de vecino á vecino, cortés, ameno, condescendiente y entretenido.

«No me gustan las claridades de D. Benigno, pero me gusta mucho su modo de hablar. ¡Qué resuelto es y qué vivo! No deja manera de contestarle, y guste ó no guste lo que dice, no puede una menos de oírle ni de pensar en sus adentros que tiene razón, y muchísima razón. Y á quien la tiene, aunque sea en contra nuestra, ¿cómo se le replica? ¿cómo se le desobedece? Dicen que ese modo de hablar consiste en la autoridad que dan los años; pero entonces hay muchos viejos á quienes los años no han dado autoridad alguna, porque son pocos, á Dios gracias, los que hablan como D. Benigno... Yo pienso, mi querida Cristina, que todos los hombres, jóvenes ó viejos, deberían hablar como habla D. Benigno, aunque sin meterse conmigo ni en averiguar ni corregir cuanto digo y hago. Creo yo que así hablará Andrés, aunque apenas he oído el metal de su voz. El capellán dice lo contrario. Dice cosas terribles; dice que los hombres como Andrés tienen miel en los labios y veneno en el corazón. Que quien los oiga sin conocerlos estándose á lo que dicen y no á lo que piensan, los pondría en un altareito y les haría novenas, cuando allá en sus entrañas tienen poquísimo de Dios y mucho del enemigo malo. Dice que sobre todo les gusta ejercitar y lucir su habilidad con las niñas incautas, haciéndose oír de ellas, entreteniéndolas y halagándolas, vendiéndoles talco por oro fino, mostrándose tiernos y piadosos, y aficionadas á todo cuanto debe parecerles bien y les parece á niñas bien criadas, para luego reirse á solas, ó con algún amigo, de la credulidad de las inocentes, y del gusto con que los escucharon, y de los colores que les hicieron acaso salir á la cara.

Yo no sé, Cristina de mi vida, si voy entrando en honduras peligrosas. Tengo la cabeza llena de tanto como oigo estos días hablar de Andrés, y creo que se me va la pluma á hacer juicios, acaso temerarios, del príjimo. Lo mejor será dejarlo, rezar y acostarme... Puede ser que me hiciera provecho perder la costumbre de velar y escribir de noche. Escribiré de día, con sol; el sol iluminará mi pensamiento como lo ilumina todo.»

JUAN GARCÍA.

## MADRID.

Resulta que estos jovencillos, elegantes de profesión, que se ocupan únicamente en jugar al monte y en conquistar mujeres fáciles, sirven para algo útil.

«Ya lo creo! Si ellos no existieran no tendría yo asunto para la crónica de hoy, última de la temporada, como dicen los carteles de espectáculos.

Pero no adelantemos los sucesos, que esto ya se explicará más adelante, y por ahora limitemos á hablar de los gomosos, según se llaman los lechuguinos traducidos del francés.

Creía la gente que no los estima mucho que estos caballeros limitaban sus ocupaciones á las que he señalado antes, sin perjuicio de batirse á primera sangre de cuando en cuando, y anunciarlo en *La Correspondencia*;

pero ahora salimos con que eso no es exacto del todo, puesto que se acaba de demostrar que la juventud elegante piensa en cosas serias.

«Y tan serias! Hay quien asegura que se propone hacer una revolución.

No se alarmen ustedes, se trata de una revolución... pacífica, para la que no se cuenta con Ruiz Zorrilla, ni con ningún otro demagogo. Nada de motines que puedan descomponer los rizos ó los lazos de las corbatas.

La revolución en puerta solo producirá trastornos en las sastrerías y en los bolsillos.

Se van á renovar los trajes exclusivamente, como si dijéramos, los forros de las personas, que, por dentro, seguirán siendo tan necias como hasta aquí.

Los elegantes se han cansado de usar pantalones estrechos, chalecos de dos botones y fraes más largos que los abrigos, y se han dedicado á pensar en otras prendas, enteramente distintas, que los sustituyan dignamente.

Algo que tuviera novedad habría sido lo mejor; pero discurrir y dar en cosas nuevas es más difícil que hincar un perro. Convenidos de esta verdad, los gomosos han vuelto la vista á lo pasado, y entre los trajes de nuestros ascendientes les ha parecido el mejor y más airoso el que se usaba en tiempo de los Felipes, como llamamos con toda confianza á los reyes de la casa de Austria, y ese es el que proponen adoptar.

Y á esto es á lo que se da ahora el nombre de revolución: yo opino, salvo mejor parecer, que retrogradar de esa manera se debía llamar reacción; pero no es cosa de discutir por cuestión de palabras, cuando se trata de trajes.

A mí, declaro que lo que más me seduce en el nuevo, mejor dicho en el viejo, es lo de la espada al cinto. No servirá á los que la lleven para otra cosa que enredarse en las piernas, y habrá quien, por economía, gastará la hoja de madera, como en el teatro; pero no hay duda de que hará muy vistoso y muy elegante.

También los calzones anchos y cortos nos han de agrandar mucho, y será cosa de ver á nuestros setemesinos buscando pantalones de armar, como las bailarinas, y procurando que el algodón simule contornos y redondeces que se olvidó de hacer la madre naturaleza.

«Uy, qué valor tendrá dentro de poco tiempo, si la moda se aclimata, que se aclimatará, gracias á lo ridícula que es, una pantorrilla gorda y torneada! ¡cuántos feos andarán por esas calles, llevando sus encantos ocultos, que, cuando los descubran, emularán al mismo D. Juan Tenorio!

Por aquí si que el cambio tiene algo de revolucionario. ¡Estoy seguro de que algunas muchachas se van á llevar unos chascos morrocotudos!

Ahora no falta más sino que los gobiernos se interesen en que prospere el pensamiento salvador para que retrocedamos dos siglos, sin darnos cuenta de ello.

En Madrid no podrá llegar el cambio más oportunamente.

«No andamos en cuestiones con la empresa del gas? Pues apáguese de un soplo el alumbrado público y termina la querrel, dejando á la villa como debe quedar cuando llenen sus plazas y paséos los tercios de Flandes.

Dice un periódico que estos trajes parecerán al principio disfraces; pero que acabaremos por acostumbrarnos á ellos.

«Puede ser! En cuanto á lo que nos parecerán, no me atrevo á hacer profecías; lo que sí aseguro es que, al principio y al fin, serán ridículos.

No hace muchos años se eligió de ellos lo que tenían de más cómodo, el chambergo, y esos mismos aristócratas que ahora le quieren usar, se le pusieron á sus cocheros y á sus lacayos para quitarle todo asomo de elegancia.

Pero no tiene nada de extraño que fracasara aquella intención, porque era racional.

La de ahora, que no lo es, triunfará de seguro.

Y conste que á los primeros que vistan esos trajes no los debemos llamar máscaras; sino el nombre que á estas se les dá, ó se les dá, generalmente en Santander.

¡Mamollós!

\*\*

Anuncié más arriba que la presente sería la última crónica de la temporada, y cuando yo lo anuncié, figúrense Vds. si la noticia será cierta.

En efecto, en Madrid no ocurre nada, y la carencia de sucesos hace imposible el oficio de cronista.

Yo me fatigo horriblemente buscando asuntos para escribir estas cartas, y ustedes de seguro, y esto es lo triste, se fatigarán todavía más leyéndolas, si es que hay algún aburrido que tenga paciencia para tanto.

Así, pues, he resuelto colgar la pluma hasta Setiembre. Para entonces habrán vuelto á reanudar sus tareas los teatros y se abrirán los salones, y se volverá á murmurar en los cafés, hoy casi desiertos, porque como las noches son cortas, se toma el café de prisa y corriendo, y estoy seguro de que tendremos tela cortada.

Se anuncia una gran compañía en el Español, y me consta que Echegaray y Cano tienen ya su drama cada uno en el telar.

En la Princesa actuará la misma compañía que este año. En Lara una cómica de que formarán parte la Valverde y Matilde Rodríguez, Zamacois, Arana y Rubio. De los demás teatros no se sabe nada aún.

Pero basta con que lo que se anuncia sea bueno.

Conque, caballeros, vaya para final el cuento del día, y hasta el otoño.

\*\*

Se trata de un hombre político importante que además es ingeniero, y dícese que allá en los comienzos de su carrera tuvo que construir un puente.

Construyólo, en efecto; pero hizo el demonio que á los ocho días de acabado se fuera por tierra.

Uno que lo supo fué inmediatamente á avisar al ingeniero;

—¿No sabe Vd. lo que ha pasado?—le preguntó con impaciencia.

—No ¿qué ha sido?—dijo el otro...

—Que se ha caído el puente tal.

—¿Y qué remedio? ¡Las obras no han de ser eternas!

S. DE TRASMERA.

12 de Junio.

## CARTA ABIERTA.

SR. D. JOSÉ MARÍA DE PEREDA.

Mi querido é ilustre paisano: Diós se lo perdone á V. y Diós perdone también la *inocencia* del periódico santanderino. Todo el año he estado esperando impaciente *Los de Pas* y hasta que Mayo vino, ni florido ni hermoso, no pude convencerme de que aquel agradable anuncio había salido en letras de molde el 28 de Diciembre del año pasado.

Fué el invierno último de triste recordación para muchos bajo otros aspectos, y no lo ha sido menor para otros bajo el artístico y literario. Ni V. ni Galdós han publicado nada, y en cambio nos hemos visto obligados á leer una serie no pequeña de novelas, de las que es la menos mala *El Guante*. Diós se lo perdone á V., repito, y evite también que los *periodistas* nos hagan concebir esperanzas que no llegan después á realizarse.

Yo comprendo, aunque no lo disculpo, que hayan callado hace ya tiempo Villoslada y Amós de Escalante, y que Tamayo y Alarcón, engolfados en las tareas académicas, menos gloriosas que sus trabajos de otras épocas, hayan cesado de escribir novelas y dramas; pero no comprendo en manera alguna que V. se pase un año entero sin hacer otra cosa que ir de Santander á Polanco y de Polanco á Santander. Hubo un tiempo, que usted no habrá seguramente olvidado y que yo recuerdo con indignación y con tristeza, en el cual, mientras que en nuestra tierra nos entusiasábamos todos, grandes y pequeños, hombres y niños, al ver aparecer, cada día más radiante, la figura literaria de V., los *ilustrados* de Madrid no le hacían más favor que llamarle «eminente pintor de costumbres» y bautizarle con el nombre de *Teniers Cantabro*, y hasta el mismo *Clarín*, rey, sin duda alguna, de la crítica contemporánea, se mostraba muy descontento, necesitando leer la historia incomparable de mi *otro yo* para que proclamase á voz en grito lo que hacía ya mucho tiempo proclamaban todos los montañeses, aunque con menos resonancia.

Pero aquel tiempo pasó, por fortuna, y solo le recuerdo yo en días de reflexión y meditaciones. Ya todos estamos conformes y ya todos pensamos lo mismo; la antigua centralización literaria vá desapareciendo poco á poco; y á las aficiones y costumbres de hace doce años han sustituido las contrarias, tal vez, exagerándolas y empequeñeciéndolas. Al fin se hizo la luz, que pudiera decirse, y en todas partes resonaron unánimes

gritos de alabanza y explosión de vítores al salir de la calle Alta *Sotileza*, obra correctísima de la amalgama de los talentos de Cervantes, Víctor Hugo y Manzoni. Los periódicos y las revistas dieron minuciosa cuenta á sus lectores del triunfo colosal, y al cabo los *juzadores* elevaron el nombre de V. al lugar en donde había ya tiempo sus propios méritos le habían colocado.

Y si cierto es, como á buenos maestros he oído, que de los especiales y grandiosos caracteres de nuestra gloriosa literatura del siglo de oro solo ha llegado hasta nosotros el espíritu picaresco y satírico de nuestros clásicos, que nadie ha podido imitar, cierto es que en V. principalmente aquel ha vuelto á tener vida y en sus libros se ha reflejado de la misma manera inimitable. No es la sátira únicamente burla, ni lo picaresco está reducido á episodios de Guzmán de Alfarache. Es, sin ser directamente ninguna de esas cosas, algo superior como manifestación de espíritu elevado, de observación finísima y de criterio más elevado todavía; es desabrimiento, en lo pequeño, de lo grande y expresión atinada de lo grande por medio de lo pequeño: discordancia sentida y apuntada de lo que *es* con lo que *debe ser*.

Por todo ello y aparte de lo vigoroso del estilo y lo castizo de la frase, se leen los libros de V. con admiración y con cariño y se siente renacer en ellos las cualidades de las obras antiguas. Y las *Escenas*, los *Paisajes* y los *Tipos*, como más tarde los cuadros de *Don Gonzalo*, de *El Sabor de la Tierra*, de los *Esbozos* y de *Sotileza*, revelan en todas sus páginas lo que queda dicho; mérito, el más grande del literato español en estos tiempos.

No hace aún seis meses que, animado por los mismos deseos que mueven ahora mi pluma, escribí un artículo, ó cosa así, que, como V. recordará, mereció una notable contestación del desde entonces amigo mío muy apreciado, E. M., tratando de examinar las causas por qué no escribía Juan García, y pienso continuar en la tarea. Ahora me toca dirigirme á V. con más interés, si cabe, y con argumentos más poderosos.—¿Porqué no escribe V., pues? ¿Porqué ha estado V. callando todo un año?

Conteste, si se digna, á estas dos preguntas que tan descaradamente formulo, en razón á las inmerecidas benevolencias que siempre la tenido V. conmigo; y yo, en nombre del Director y de todos los Redactores, procurador de todos los que saben leer y saben sentir; expresando la impaciencia noble del gran número de sus admiradores de todas partes, deseando pagar á la Administración de EL ATLANTICO la inserción de mis observaciones en sus columnas, con lo mucho que se *saque* de la venta del periódico ese día, le reservo para responder todo el espacio que quiera en la Miscelánea del próximo lunes.

Tengo el honor de repetirle de V. su más afectísimo y agradecido servidor Q. B. S. M.,

PEDRO SÁNCHEZ.

9 de Junio de 1886.

## A CHATEAUBRIAND.

ODA

PREMIADA CON LA PALMA DE ORO EN EL CERTAMEN DE LA ACADEMIA MONT-REAL DE TOULOUSE (1883).

Cual águila caudal que vigorosa, apenas libre del materno nido, sacude fiera el ala poderosa que al viento arranca vibrador quejido; y al hirviente latido de la encendida sangre de su pecho vé el ancho espacio á su anhelar estrecho, y con su audaz pupila rutilante cuanto tiene delante en la esfera descubre á largo trecho; y gigante al sentirse, rauda hiende la nube en que germina la tormenta, y sobre el aire límpido se tiende que su lijera máquina sustenta; y en su ascensión violenta del éter llega á la elevada cumbre, y sin que el rayo abrasador deslumbré, con sus destellos rojos, el iris fijo de sus grandes ojos, del sol arrostra la irradiante lumbre:

Tal Chateaubriand, de su naciente vida el juvenil hervor sintiendo apenas, por indomable afán enardecida su sangre corre en las hinchadas venas; de grandes sueños llenas su alma viril, su mente creadora, al impulso del brío que atesora de su pecho el latir, su pensamiento, con titánico aliento, del mundo ignoto la región explora; y gigante al sentirse, de la guerra buscó el espacio para alzar el vuelo; pero al intenso afán que su alma encierra

daba el campo de Marte angosto suelo. De su insaciable anhelo su pecho al agitar nuevo trasporte, quiso, alejado del feroz Mayorte, su pié fjar en tierra inexplorada y por senda del hombre nunca hollada paso abrir á la América del Norte.

Cambios de la fortuna, de su empeño le apartaron fatales, y otra vía de horizonte á su gloria más risueño abierta vió su rica fantasía. De insigne númen dueño, del arte y de la ciencia en las regiones, —campo sin fin de excelsas creaciones,— con éxito feliz tendió las alas, y añadió de sus obras con las galas un blasón de su patria á los blasones.

Busca suave lección al desconcierto en que el mundo se agita, en la serena descripción de la vida del desierto, que la paz del espíritu hace amena; su corazón apena

ver que el pueblo sin fé marcha al abismo, —verdugo en su ignorancia de sí mismo,— y la senda del bién le hace notoria de los Natchez con la galana historia y la santa verdad del Cristianismo. Huella con firme paso la alta esfera que de una gran nación rige el destino y en los Consejos áulicos impera y á la acción de su rey marca el camino. Con bién extraño sino, aristócrata fué por nacimiento, demócrata á la par por sentimiento; la voz de su deber tan solo escucha, y amigo de la paz, por Francia lucha y alza de guerra el pabellón sangriento.

Mas por doquier que vá, doquier su genio hace sentir su mágica influencia, en las obras galanas del ingenio, en el campo severo de la ciencia, se vé su prepotencia brillar con viva luz cual sol radiante, ya con la lira del poeta cante, ya con la ardua labor de estudios serios quiera arrancar al mundo los misterios que en su marcha le impelen adelante.

Alma llena de amor, del hombre quiso guiar los pasos y calmar la pena; de recto corazón, jamás remiso fué á la voz del deber que le encadena; mostró de férrea vena su firme voluntad para su empeño; cruzar el orbe todo fué su sueño, y con su fé por guía holló su planta del Mártir celestial la tierra Santa: hoy su renombre de la Fama es dueño!

**Duerme en paz,** Chateaubriand; á tu memoria honrosa distinción consagra el mundo; perenne brilla el astro de tu gloria en luz del bién para el mortal fecundo. El piélago iracundo, que en su bruma bañó tu hogar paterno, y al raudo avance de su flujo alterno lisongero arrulló tu insigne cuna, por tu buena fortuna hoy arrulla también tu sueño eterno.

ADOLFO DE LA FUENTE.

## PARÍS POR DENTRO.

LE GRAND PRIX.

El Gran Premio de París que mediante la persistente influencia del duque de Morny se corrió por primera vez en 1863 y que ha seguido corriendo sin interrupción todos los años subsiguientes, excepto el de 1871, para este pueblo de triste memoria, es un acontecimiento parisién por excelencia, del que un corresponsal, obligado á discurrir «*omni re scibili et quibusdam aliis*» no puede dejar de hablar.

Como ustedes saben, este premio, que se concede al caballo que llega primero ó que primeramente recorre la distancia de 3.000 metros, consiste en una suma de cien mil pesetas, cincuenta mil que da la villa y otras cincuenta mil que dan, á prorrata, las cinco principales Compañías francesas de ferrocarriles, y premio que, dicho sea de paso, ha sido ganado este año por *Mintiny*, potro de tres años, que ha recorrido los 3.000 metros en 3 minutos y 14 segundos.

El Gran Premio (Le Grand Prix) es un acontecimiento parisién, un poderoso atractivo para todo buen francés, y casi casi una fiesta nacional. Al hipódromo de Longchamps, donde se verifica la carrera de caballos, concurre no solo lo que hemos convenido en llamar *Todo París*, sino los más nobles representantes de la provincia y los extranjeros de distinción. Los hoteles todos, desde el *Continental*, magnífico y suntuoso edificio, hasta el del *Ciervo*, en donde aún se alberga á pié y á caballo, las casas de huéspedes de todas categorías, y Dios sabe si las hay diferentes en esta populosa Babilonia, son literalmente invadidos por una multitud incoherente y abigarrada en la que toda la escala social está más ó menos y mejor ó peor representada, desde el noble y poderoso

príncipe, vestido á la última moda por el mejor *taylor* de Londres, hasta el plebeyo y modesto contribuyente, envuelto en su inmenso levitón y cubierto con su clásico sombrero, que más que sombrero parece campionario, rodeado á veces de las dos ó tres *parientas* que del pueblo vienen á lucir en París, una vez al año, sus opulentas cáedras y sus robustos pechos con dificultad aprisionados en esos vestidos de colores tan diversos y chillones que envidiaría el arco iris.

La fiesta hípica no ha podido ser, sin embargo, este año tan brillante como de costumbre. El rubicundo Febo se ha mostrado perezoso en extremo; Eolo por el contrario, diligente y liberal, ha dado suelta á los vientos y las lluvias que, inundando el hipódromo de Longchamps, han impedido á muchas personas la satisfacción del placer que se habían prometido.

\*\*

Conocida de todos es la afición desmedida de este pueblo, de esta populosa ciudad especialmente, por las carreras de caballos.

En un principio se celebraron estas fiestas hípicas dos veces al año; luego, varias veces; después, todos los domingos; más tarde, todos los jueves; y por último han llegado á ser cotidianas y constituyen una pasión costisísima para unos, una especulación aventurada para otros y un *modus vivendi* poco decoroso y nada envidiable para algunos.

Longchamps, Chantilly, Enghien, Vincennes, Maisons-Laffitte, Vesinet, Saint-Ouen, poseen hipódromos en donde diaria y respetivamente se reúnen los aficionados al *turf*; *gentlemens* más ó menos auténticos, extranjeros más ó menos provistos de pasaporte en regla, *horizontales* ó *arrodilladas* más ó menos elegantes y mejor ó peor cotizadas en la *Bolsa del amor de ocasión*, gentes ó sencillas todas que ocupan un lugar demasiado importante en una sociedad inteligente, cuya ruidosa existencia ha llegado á hacerse insostenible y que consigo y en pos de sí traen verdaderas calamidades que comienzan ya á preocupar la atención del pensador y también la del magistrado.

Tales costumbres no pueden echar raíces en un pueblo que se estima y que desea conquistar, por el noble camino de la ciencia y del trabajo, su puesto de honor en el comercio de los pueblos cultos.

\*\*

¿Qué son las carreras de caballos? ¿Para qué sirven? ¿A qué conducen? ¿Qué beneficio traen?

¡La mejora de la raza caballar! responden sus adeptos.

¡Esos pobres animales convertidos en esquelos por una serie de preparaciones tan ridículas como crueles, flacos, débiles hasta el punto de no poder soportar la carga del hombre, montados por esa especie de monos, dignos ginetes de aquellos rocinces, que para conservarse, como ellos, flacos y raquíticos no comen, ni andan, ni viven: ese ridículo orangután encaramado en esa pégina, son el tipo de la perfección, la más genuina representación de la raza?

¡Qué locura y qué cinismo! Las carreras de caballos, digámoslo sin ambages, no son otra cosa sino una de las muchas maneras de satisfacer esa violenta y bochornosa pasión que tan arraigada está, por desgracia, en el corazón del hombre; el juego; pasión que se ha apoderado del joven, del hombre maduro y del anciano, del noble y del plebeyo, del rico y del pobre, del padre y del hijo de familia y hasta de la mujer.

En la pradera del Hipódromo se codean todas las clases sociales arrastradas allí por la misma idea, por el mismo deseo, por el mismo abarrotado sentimiento; ganar dinero sin trabajar.

El modesto hortera, cuando melancólicamente mide la percalina, sueña con el gran premio; el oficinista se pregunta si no le valdría más dejar la pluma, que le procura el modesto sustento, para correr tras de la fortuna que aquella tierra de promisión le ofrece; el estudiante abandona el aula para confiar á los piés de un cuadrúpedo la mesada que su padre ha reunido tal vez á fuerza de privaciones y sudores y que debería servirle para salir de la esclavitud de la ignorancia; el comerciante, el empleado, el portero, el sereno, el sirviente, el albañil, el obrero, sueñan con la fortuna que los veloces piés del caballo favorito vencedor han de traerles. ¿Por qué nó? ¡Ha habido tantos ejemplos! ¡Tantos se han enriquecido en un momento y sin fatiga!

En fin, tan arraigado está este espectáculo en las costumbres parisienses, que personas no vulgares, hombres al parecer serios, pasan su existencia tirando planes, haciendo listas,

pronosticando resultados, inventando martingalas. Unos hacen la biografía de los caballos conocidos y dignos de mención, cuyos nombres aclaman y saludan con más entusiasmo que el que nuestros antepasados emplearon para aclamar y saludar al Cid ó al caballero Bayardo; conocen y publican la época y la importancia de sus triunfos y de sus derrotas, el estado de su salud, su carácter, su temperamento, sus disposiciones y hasta su abolengo. Otros establecen con precisión el estado de la atmósfera en el día en que su caballo favorito ha de presentarse en el palenque; anotan con exactitud, termómetro y reloj en mano, la temperatura en cada minuto; estudian las disposiciones y accidentes del terreno, su estado de humedad ó sequía etc., etc. Son los oráculos, los *saragozanos del turf* que, llenos de fé y de esperanza (la caridad! no la conocen, pues de otro modo no se preocuparían tanto de las bestias y tan poco del hombre), convencidos de haber encontrado el talismán, la *mascota* que ha de vencer las veleidades del implacable destino, pierden velostosamente el tiempo, el dinero, el poco juicio que les queda y hasta la dignidad noble y que debiera de ser inseparable compañera del hombre.

Dejemos á cada loco con su tema: no nos engolfemos en consideraciones filosófico-morales que nos llevarían muy lejos, y puesto que tales costumbres existen, puesto que el Estado y las grandes compañías industriales contribuyen á sostenerlas, no será yo quién levante contra ellas, cual otro Pedro el Ermitaño, una cruzada; pero si el Estado no puede suprimir el juego radicalmente, puede y debe regularizarle y cerrar en todo caso esos hipódromos vecinales, verdaderas cavernas de bandidos de levita, y perseguir enérgicamente á tantos compinches y compadres que viven gracias al inmundo comercio que, esquivando la ley, ejercen, en un bienestar inmerecido, en medio de un lujo chillón, asqueroso y grosero, satisfaciendo sus bajas pasiones.

Las carreras de caballos deberían desaparecer de las costumbres, porque constituyen una inmoralidad que va invadiendo las masas y que bién pudiera llegar á ser causa del desquiciamiento social.

Mientras que el hombre honrado pasa el día encorvado sobre el escritorio ó llevando sobre sus espaldas el pesado fardo; mientras que las admirables y virtuosas madres de familia tiran de la aguja para ganar unos míseros centavos; mientras que el artesano ó el obrero ganan á duras penas el pan de cada día; mientras que tantas víctimas del deber prefieren el hambre á la ignominia, la muerte á la deshonra, no es posible que ciertas gentes en donde disfruten y gasten y triunfen sin más trabajo que ponerse de acuerdo con un jockey en el hipódromo ó con un paletero en el garito para robar impunemente á los incautos.

No es admisible que el hombre viva sin trabajar y realice por medio de la explotación de los vicios y debilidades humanas un beneficio que, renovado cada día, constituye un verdadero capital.

La ley no puede consentir que el fraude, el dolo y la trampa se practiquen en medio de París; y la supresión de las carreras de caballos es una necesidad no solo de orden público, sino de limpieza, pues si los bandos municipales exigen la limpieza material de las calles, no pueden permitir que por ellas se esparza la basura moral, más hedionda é infinitamente más perniciosas.

Pío SILBÉN.

París 10 de Junio de 1886.

## EXHUMACIONES.

EN UN ALBUM DE PREGUNTAS.

—¿Qué cualidad estima V. más en el hombre?

Es por mí la preferida la de no dejar de serlo ni un solo día en la vida.

—¿Cual en la mujer?

Mucho que decir habría sobre este particular: á mí nada me exalta como esa coquetaría... de quien sabe coquetear.

—¿Qué rasgo característico le domina á V.?

Cualquiera que no sea lerdo habrá visto cuáles son: siendo loco, hacer del cuerdo y hundirme del hombro izquierdo... ¡el peso del corazón!!

—¿Cómo comprende la felicidad?

Yo he pensado, ya lo oiste, que el modo mejor de hallarla está en no darse á buscarla contando con que no existe.

—¿Cómo la desgracia?

Pienso que es la mayor de todas ellas,

la más pesada cruz, creer que el cielo azul que todos vemos ni es cielo ni es azul.

—¿Qué es lo que más anhela?

Quede gran pesar me cuesta, aunque de sin acordarlo; ¡ay! ¿qué más día de fiesta quisiera yo que saberlo?

—¿Qué nombre de mujer prefiere V.?

Me parece algo atrevido dejarle sobre esta plana; mas yo iré á verte mañana y te lo diré al oído.

—¿Qué hecho histórico le disgusta más?

Nada irrita mi memoria como el puntapié certero que me arrimó un compañero en la cátedra de *Historia*.

—¿Qué faltas encuentra V. más disculpables?

Por ser pan de cada día y vosotras las culpables encuentro más tolerables las faltas de ortografía.

—¿Qué es lo más difícil de hallar?

Muy enojosa tarea es, por lo menos, buscar una montañesa fea.

—¿Qué consejo daría V. á la persona verdaderamente amada de su alma?

Daríale este solo para bién de los dos: ¡que no me hiciera caso, por el amor de Dios!

—¿Qué espectáculo recrea más sus sentidos?

Una muchacha guapa que sin prisas reza, y sin novio, en la primera misa.

—¿Qué flor le agrada á V. más?

Olé! Viva tu mare!

—¿Qué bebida?

Bebidas hay exquisitas; mas á mí nada me agrada como ir bebiendo los vientos tras de un talle que lo valga.

—¿Qué color?

El que sacan las niñas en la frente al otro día de marcharse el novio ó de haberles dolido mucho un diente.

—Defíneme V. el amor.

Algo que no se sabe cuándo muere ni se puede decir donde comienza; algo, en fin,—como ves por ese dato— que no suele tener piés ni cabeza.

E. MENÉNDEZ.

## STANLEY.

No hay que sorprenderse de que se discuta aún sobre el origen de Cristóbal Colón, cuando hasta estos últimos días permanecía en la obscuridad el del explorador Stanley. Necesaria ha sido, para desentrañarle, la tenacidad proverbial de la prensa británica y el deseo, bastante justificado en ella, de demostrar que el ilustre viajero es inglés de raza y del nacimiento.

Creíasele americano, por un error que el mismo Stanley ha contribuido á extender por no descontentar al director del *New-York Herald*, primer comanditario de su fama y renombre geográfico. Diez ó doce viejas *yankees* se han disputado el honor de haber llevado á Stanley en sus entrañas; y su verdadera madre acaba de morir en el país de Gales, donde permaneció toda su vida. Los periódicos locales, después de profundas investigaciones, han puesto en claro y fuera de toda duda que Stanley nació el año de 1841 en Denbigh, de aquel principado. Su biografía es novelesca y conmovedora, y como pertenece á la historia, haremos de ella un breve resumen.

El verdadero nombre de Stanley es John Rowland; con ese nombre fué bautizado, y él mismo le usó por algunos años. En su infancia se le llamaba también John Bach, no siendo el nombre de Stanley más que un pseudónimo. Es hijo natural de una pobre mujer de Denbigh, llamada Betsy Parry, y de un labrador de las cercanías llamado John Rowland, el cual hizo la corte á Betsy con promesa de casamiento; pero como su padre era rico y el de la muchacha pobre, cuando se trató de lo que cada cual habría de aportar al matrimonio, surgieron desavenencias que produjeron el rompimiento. A los pocos meses dió Betsy al mundo un robusto niño, que es hoy Mr. Stanley.

El chico permaneció hasta los cinco años en casa de su abuelo materno Moses Parry, que le amaba entrañablemente y que adivinó en él una inteligencia vivísima, porque le llamaba «el hombrillo del porvenir.» Su madre refería las cosas como sigue, poco antes de morir: —Era yo entonces muy joven, apenas contaba 18 años. Mi padre, que estaba viudo, fué para mí muy bondadoso en aquella triste ocasión. John nació en su casa. El doctor Pearce, de Denbigh, que aún vive, me asistió. Mi padre había salido, y como al volver preguntase por mí, le dijeron que acababa de dar á luz un robusto chico.—Veamos ese robusto chico, dijo mi padre á las mujeres que me cuidaban; y después de mirarle atentamente, exclamó:—A fé mía que es ni más ni menos un niño como cualquiera otro. Pero no importa: habrá que servirle la primera ración en oro.—Y sacando de la bolsa un soberrano, vertió en él una gota de caldo y se le aplicó al niño á los labios, diciendo:—Ojalá no le falte nunca en la vida una cuchara de plata.

Parece que estos primeros años fueron los únicos felices de una triste infancia, y solo de su abuelo Moses Parry conserva Stanley tiernos recuerdos. Aquel bién hombre murió en 1846, en su huerto, de un ataque apoplético, dejando sin recursos á su hija, que tuvo que ponerse á servir en Rhyl, encomendando al niño, de cinco años, al cuidado de un tal Richard Price que habitaba con su mujer y dos hijos en las inmediaciones de la finca paterna, cerca de Denbigh-Castle.

Allí pasó dos años, merodeando, como los demás pilluelos, alrededor de aquellas ruinas, que dominan un vasto y maravilloso

paisaje. Quizás á estas primeras impresiones debió su origen el deseo que en él se despertó de ver el mundo que se desplegaba á sus piés como un mapa. Pero no siempre se pagaba con puntualidad su papillaje; parecía que su madre y sus tíos le tenían olvidado. Un día el hijo de Richard Price se echó á cuestiones y le llevó al *workhouse* ó asilo de indigentes de San-Asaph, y allí le dejó. La infeliz criatura lloraba: Richard le dijo que le iba á buscar dulces; y no volvió.

La casa de beneficencia fué en lo sucesivo y durante ocho años el único hogar del pequeño. Ni su madre ni nadie se ocupaba de él; su padre, John Rowland, jamás se acordó de que existiera. Lo que parece averiguado es que su traición no le había sido provechosa; dióse á la pereza y á la bebida; un día recibió un mal golpe en una disputa y no se levantó más.

Sometido el chico al duro régimen del *workhouse*, recibió allí una sólida instrucción primaria; pero no se encontraba feliz, á juzgar por el rencor que veinte años después guardaba aún al viejo maestro de escuela del Asilo. ¿Qué habrá sido del viejo Francis?—pregunta á una ocasión.—De buena gana le alojaría una bala en la cabeza. Aquel bandido tenía la costumbre de amarrarme á un banco y de hacer que los demás niños me maltratasen... Entonces supo que Francis había muerto.

Aunque su familia se ocupaba tan poco de él, sabía, sin embargo, que existía y hasta conocía su semblante. Una de sus tías, tablera en la tierra natal, refiere la siguiente anécdota: «Mi marido aborrecía á su hermana Betsy, á causa de ese hijo natural. Un día vi á un chicuelo parado delante de nuestra carnicería, en la acera opuesta; le reconocí en seguida y le dije:—John, hijo mío, ¿de dónde vienes?—Me contestó bastante desconcertado que había huido del *workhouse*. Era entonces un niño guapo, pero de aspecto sombrío y ensimismado. Hicele entrar, naturalmente, y le di de cenar, acostándole después con uno de mis hijos. Cuando su tío llegó, quedóse grandemente sorprendido al saber que el hijo de Betsy estaba allí, y decidió que al día siguiente se le enviara á la casa por el mandadero, como así lo hice, dándole seis peniques.

Andando el tiempo, cuando vino á vernos, recordaba perfectamente esta circunstancia, y nos decía que jamás se había creído tan rico como al sonar aquellos seis peniques en el bolsillo.—Me sentía capaz de comprar todo Denbigh y San-Asaph!»

La persistencia misma de este recuerdo indica cuán distante se hallaba de disfrutar los goces de la infancia en el lúgubre prisión que tenía por casa. Pero á lo menos adquirió allí el hábito del estudio, que probablemente no hubiera contraído en otro caso. También parece que el viejo maestro de escuela del Asilo se penetró de la evidente inteligencia y sombria entereza de carácter de su alumno; acontecíale á menudo ir á sentarse en la tienda de la tablera y charlar de las extraordinarias facultades de John, diciendo que su familia debería hacer algo por él y procurar abrirle camino en el mundo. Entre los parientes se llegó á hablar de él, y cierto día una de las hermanas de Betsy, que vivía en Ffynon-Beuno, donde tenía una hacienda y una taberna, sacó al niño del *workhouse* y le propuso que guardara su rebaño de ovejas. Esio ocurría en 1856. Stanley tenía quince años: existe de esta época un retrato suyo al daguerreotipo, y no deja de ofrecer algún parecido.

El oficio de pastor no le agradaba; la instrucción primaria que había recibido era demasiado sólida para contentarse con semejante estado. Entonces se pensó en colocarle como maestro-auxiliar de un primo de su madre, Moses Owen, institutor público en Mold. Pero este ensayo tampoco obtuvo gran éxito, pues estando el joven ayudante más versado que el maestro en el programa escolar, para vengarse de aquella superioridad, Moses Owen, en vez de emplearle en su clase, procuraba humillarle haciéndole dar lustre á sus botas é imponiéndole otros trabajos serviles; además, con el pretexto del parentesco se creía dispensado de darle ni un penique siquiera.

Preciso le fué volver los ojos hacia otra profesión más lucrativa, y después de haber sido dependiente de un tendero en Liverpool, cansado de luchar con la miseria y los malos tratamientos, vistióse su mejor ropa, se despidió de su tía, y no volvió á parecer. Se había embarcado de grumete en un buque mercante americano fondeado en la ría de Liverpool.

Ocho años después, en 1866, un oficial que vestía el uniforme de la marina de los Estados-Unidos, y bajo el nombre de Enrique Stanley, fué á pasar en las cercanías de Denbigh unos días de licencia y se presentó á su madre Betsy Parry, ya casada en legítimo matrimonio con Mr. Roberto Jones, propietario de la posada de marineros de Cross-Foxes, en Glasgow. Visitó en el cementerio de Denbigh la tumba de su abuelo; fué al *workhouse* de San Asaph, donde ofreció una merienda de pastas y té á los infelices niños acogidos; subió al castillo de Denbigh, al pié del cual trascurrieron sus primeros años, y en el Registro de viajeros dejó escrito el siguiente recuerdo:

14 Diciembre 1866.—JOHN ROWLAND, habitante de este castillo en otro tiempo, hoy alférez de navío de la marina de los Estados-Unidos á bordo del *Ticonderaga*, actualmente en uso de licencia.

Hé aquí lo que había sido de él en ese intervalo de ocho años:

Apenas llegó á New-York, para donde se embarcaba en clase de grumete y solo por aquel viaje, vió en el escaparate de una especería el tradicional cartel: *A boy wanted, se necesita un muchacho*.

Entró; y viendo en el despacho á un hombre ocupado en leer un periódico, le preguntó:

—¿Necesita V. un dependiente, señor?

El mercader alzó los ojos, miró al intruso y le respondió:

—¿Qué sabe V. hacer?

—Tengo buena letra.

El tendero dejó el periódico, se levantó y dando al joven una pluma, papel y tinta, le señaló un saco de mona en que estaba marcado el nombre *H. M. Stanley*, diciéndole:

—Escriba V. eso.

La prueba fué satisfactoria, y el preteniente fué colocado en el acto.

H. M. Stanley era el nombre mismo del viejo comerciante, quien llegó á tratarle como á un hijo adoptivo, haciéndole tomar ese mismo nombre suyo, sin duda con la intención de dejarle por heredero. Pero murió á los tres años sin haber testado.

(Se continuará.)

Imp. y lit. de EL ATLANTICO. Plaza de la Libertad, 1.